





































mula mágica sea más antigua que la plegaria y que esta última tenga su origen en la primera...

Según Filóstrato (*Vida de Apolonio de Tiana* V 12), algunos magos pensaban que podían cambiar el destino torturando las estatuas de los dioses. Dado que las estatuas se pueden, en cierto modo, identificar con los dioses mismos, estos sentirían el dolor producido a sus estatuas. Por otra parte, sabemos que en momentos de crisis, cuando la gente se sentía abandonada por sus dioses, castigaba a sus estatuas.

No sabemos si verdaderamente creían que esta actitud podía cambiar el curso del destino. El muchacho del *Épodo* V de Horacio, que es torturado lentamente hasta la muerte por un grupo de brujas, las amenaza con una terrible maldición, pues piensa que la brujería no puede cambiar el destino humano (vv. 87 ss.)<sup>8</sup>.

## Magia y filosofía

Se ha dicho también que magia y lógica son dos formas radicalmente distintas de comprender la realidad, y que la magia representa una mentalidad prelógica o paralógica. Pero esto es verdad solo hasta cierto punto, pues también en la magia existe un tipo de lógica. Por muy primitivos que puedan parecernos sus supuestos básicos, la magia pasó por una etapa filosófica a finales del período helenístico y lo hizo de nuevo en círculos neoplatónicos. Los ma-

8. Cf. H. Schreckenberg, *Ananke* (Zetemata 36, 1964).

gos no pensaban solo en términos de simpatía cósmica o participación mística; sabían de la causa y el efecto, del espacio y el tiempo<sup>9</sup>.

Esta es una de las razones por las que puede ser una experiencia frustrante leer una obra como *Sobre los misterios egipcios* de Jámblico. En esencia, es una defensa de la teúrgia, forma superior de magia, pero formalmente se trata de una obra filosófica que utiliza la terminología desarrollada por generaciones de platónicos<sup>10</sup>. Jámblico y Proclo, otro neoplatónico, habían heredado el saber mágico y la disciplina filosófica de siglos anteriores; ambos pensaban que los dos ámbitos podían ser conciliados y utilizados para que magia y filosofía pudieran explicarse o justificarse mutuamente.

De un *theólogos*, dedicado principalmente a hablar sobre los dioses, no se esperaban milagros o proezas mágicas, pero un *theourgós*, que se atribuía un cierto poder sobre los dioses, tenía que demostrar de vez en cuando sus capacidades sobrenaturales. Aquí es donde no podemos excluir, incluso al más alto nivel, la posibilidad de un premeditado fraude. Es lógico suponer que cuando alguien como Juliano el Apóstata iba a ser iniciado en los misterios más profundos, nada se dejaba al azar.

La magia utiliza símbolos más que conceptos. Gracias a las investigaciones de los antropólogos<sup>11</sup>, estos se com-

9. Sobre la cuestión de si la magia puede ser considerada una idea universal, cf. E. Evans Pritchard, *Theories of Primitive Religion* (Oxford, 1965), p. 111.

10. Cf. G. Luck, «Theurgy and Forms of Worship in Neoplatonism», en *Religion, Science and Magic*, J. Neusner et al. eds. (Nueva York-Oxford, 1989), pp. 185-225.

11. Cf. C. Lévi-Strauss, *Anthropologie structurale* (París, 1958), caps. IX-X; F. Isambert, *Rite et efficacité symbolique* (París, 1979), cap. 11.

prenden mejor hoy día que en la época de Tylor. Los símbolos ayudan a la gente a pensar, asociar y recordar; son una manera de simplificar ideas demasiado complicadas para expresarlas con palabras, y por eso parecen ayudar a descifrar la realidad. Por muy abstrusos que nos parezcan los dibujos de los papiros mágicos, son símbolos, y contienen, como psicogramas, determinados tipos de experiencia.

## Simpatía cósmica

El concepto de «simpatía cósmica» fue enunciado en términos filosóficos por el estoico Posidonio de Apamea (ca. 135-50 a. C.), al que se llamó «el Rodio» por haber enseñado en la isla de Rodas. Este concepto implica que todo lo que sucede en una parte del universo afecta a otra parte de ese mismo universo, sin importar a qué distancia se encuentre. Este concepto es fundamental para la magia, la alquimia y la astrología<sup>12</sup>.

12. El mejor tratamiento sigue siendo probablemente el de J. Frazer, *The Golden Bough*, 12 (Nueva York, 1935), pp. 52-219. [Desde 1944 existe una traducción al español llevada a cabo por Elizabeth y Tadeo I. Campuzano que sigue reeditándose: J. G. Frazer, *La rama dorada*, México]. Véase también M. Mauss, *A General Theory of Magic* (Londres, 1972). Swedenborg redescubrió este principio y en él basó su propia filosofía oculta; véase su *Clavis Hieroglyphica Arcanorum per Viam Repraesentationum et Correspondentiarum* (1784). Según Swedenborg, el universo se compone de un número de esferas análogas cuyos elementos interactúan, sirven unos como símbolos de otros, y están penetrados por la Luz Divina en diferentes grados de intensidad, revelando gracias a ello sus propiedades. Entre los autores posteriores que concibieron la analogía como un principio cósmico debe mencionarse a E. Geoffroy Saint-Hilaire (*Principes de philosophie zoologique*, París, 1830, esp. p. 97).

Lo que se denomina magia «simpatética» se basa en algunos principios: 1) semejanza (lo igual provoca lo igual); 2) contacto (las cosas que se tocan actúan entre sí durante largo tiempo, pues retiene cada una las propiedades de la otra); 3) oposición (para actuar sobre una cosa se puede utilizar su opuesto, pues la antipatía funciona como la simpatía). De ahí los procesos de asociación, imitación, reacción, etc., que fueron puestos en práctica constantemente por magos y alquimistas.

También es importante señalar la distinción que hacen algunos estudiosos entre magia «simpatética» y magia «contagiosa». La magia simpatética actúa porque causas similares producen efectos similares. Si un hombre se enamora de una mujer y quiere que esta le corresponda, puede modelar una imagen de ella en cera o arcilla y derretirla al fuego con la esperanza de que la persona representada también se derrita. Esto es lo que sucede en el *Idilio* II de Teócrito y en la *Bucólica* VIII de Virgilio. Por otra parte, si alguien desea causar daño a otra persona, puede también modelar una imagen y atravesarla con agujas, o bien atarla o romperla en pedazos. Estas figurillas, llamadas en nuestros días «muñecas de vudú», han sido encontradas en Atenas y en otros lugares, y en los papiros mágicos se describe la manera de fabricarlas. Si quemas la imagen de tu enemigo o arrojas al fuego algo que le pertenezca –una prenda, por ejemplo–, este recibe el daño indirectamente. Esto puede denominarse magia «contagiosa» y también está descrita en Teócrito.

Otras formas de describir el funcionamiento de la simpatía cósmica son: «lo interior es como lo exterior, lo superior es como lo inferior». Este concepto implica un inter-

cambio constante de energías entre el mundo exterior, el macrocosmos, y el interior, el microcosmos. Todo lo que nos rodea puede ser usado para nuestro provecho, ya sea como fuente de energía o como mensaje que no debemos desatender. Una sentencia del Talmud dice: «Un sueño no interpretado es como una carta no leída»; esto se puede aplicar a todos los mensajes «cósmicos».

Valdría la pena comparar el antiguo concepto de simpatía cósmica con la teoría de la sincronía de C. G. Jung. Jung utilizaba este término para designar una coincidencia aparente que, en realidad, no lo era. La creencia en la magia excluye, estrictamente hablando, la coincidencia: en todo lo que ocurre está actuando una fuerza sobrenatural, aunque no comprendamos de qué se trata.

## *Dýnamis*

A esta fuerza, que puede favorecernos o dañarnos, los antiguos griegos la llamaron *dýnamis* y los antropólogos modernos la denominan *mana*. Es el poder que produce los milagros, pero también es el milagro en sí<sup>13</sup>. Esta fuerza está a nuestro alcance; solo hay que «conectarla», como la electricidad. Hay un elemento subjetivo en todo esto: las personas creen que en ellas la magia funciona y, por tanto, funciona.

La *dýnamis* reside en ciertas cosas y en ciertos tipos de conocimiento; por ejemplo, en el nombre de una divini-

13. Cf. Bauer - Arendt - Gingrich, *A Greek-English Lexicon of the New Testament* (Chicago, 1979<sup>s.v.</sup>; J. Rohr, *Der okkulte Kraftbegriff im Altertum* (1923), pp. 1 ss.